

El Despertar

Ciclo de la Torre Negra



Juan M. Belinchón y Paloma J. Cabrera.

I

Después de un largo sueño

Era una noche tempestuosa. La lluvia golpeaba con fuerza la puerta, el techo y las ventanas de aquella pequeña posada. Los relámpagos iluminaban todo con sus estallidos de luz. Los truenos estremecieron al dueño del lugar. Aquel hombre había soportado muchas tormentas y para espantarlas se mantenía en constante actividad. Ahora secaba deprisa los cuencos con un trapo detrás de la barra donde servía a los paisanos; solo frecuentada por uno de ellos, y miraba a su hermosa hija cómo recogía las mesas; vacías en su mayoría. El posadero meneaba la cabeza: hoy no había sido un buen día.

—Hija. Date prisa con eso y cerramos, que *paece* que hoy los vecinos están *tos* en casa *metíos*.

—Sí, padre, ya voy —respondió la joven.

La muchacha continuó con su faena lo más rápido que podía, mientras él terminaba de recoger los cacharros e invitaba, amablemente, a los parroquianos que aún quedaban en su establecimiento a irse a sus casas. Después de un trueno fragoroso, la puerta de la posada se abrió y la luz de un nuevo relámpago inundó el espacio. En el umbral apareció una figura esbelta, enfundada en una capa de lana con capucha andrajosa y empapada, con unas botas y guantes raídos de cuero marrón y unos pantalones negros, del mismo material, muy gastados. La chica lo miró con recelo, aunque se acercó a él para decirle:

—Vamos a cerrar en breve, forastero. Además, tampoco tenemos *na pa* darle...

—Puedo pagarte, joven —contestó el hombre con amabili-

dad cuando otro relámpago alumbró el quicio de la puerta y dejó entrever una espada por debajo de la capa. La posadera dio dos pasos atrás, asustada.

—¿Estás bien hija mía? —le preguntó su padre desde la barra. Él también se dio cuenta de que algo no iba como debía y echó mano a un cuchillo grande que tenía cerca. Los pocos lugareños que estaban en el lugar volvieron su mirada al extraño de la puerta.

—Niña, tranquila —El individuo extendió el brazo derecho con la intención de calmar a la joven. Su voz era muy pausada y sus ademanes, educados—. Solo quiero comer, secarme y, quizás, poder descansar en un lecho mullido. Llevo días viajando y sois la única posada en un par de leguas a la redonda. No soy un vagabundo.

—No pasa *na* padre —la muchacha respondió más sosegada, las palabras del forastero habían hecho efecto en ella—. Tendrá que esperar, porque estábamos cerrando...

—Vi en tus ojos que eras una buena persona y comprenderías mi situación —la interrumpió el forastero. Ella miraba con curiosidad la capucha empapada de aquel hombre buscando entrever algún rasgo de su rostro, pero solo había oscuridad—. He de suponer que puedo pasar, ¿cierto?

—Por... supuesto —respondió la joven titubeando. Seguía muy sorprendida y también asustada.

—Muy bien —El forastero entró en la posada lentamente y se dirigió hacia una mesa que estaba junto a la chimenea—. Me sentaré en aquella mesa cerca del fuego.

Todos los parroquianos miraron atentamente cómo aquel hombre iba hacia el lugar que había indicado. Una vez allí, se quitó la pesada capa y la extendió encima de una silla cerca del fuego. Era alto, medía cerca de dos metros. Su melena, rubia, sucia y larga, parecía que había sido cortada a cuchillo. La misma herramienta que había obrado en su barba descuidada y del mismo tono que el pelo. Llevaba un jubón raído a juego con los pantalones y un cinturón con una hebilla dorada de donde colgaba una espada larga. El forastero echó una ojeada inquisitiva al local y a sus usuarios, los cuales bajaron rápidamente la mirada a sus vasos o copas; sus ojos dorados lo escrutaban todo. Se desabrochó

el cinturón, dejó el arma apoyada en la mesa pero cerca de él y se sentó en una silla junto a la lumbre. Puso los brazos cruzados encima del tablero, agachó la cabeza, dejando que su melena le cubriera la cara, y esperó.

La posadera vio cómo aquel vagabundo pasaba delante de ella y quedó paralizada. Observó todos los movimientos del hombre y, cuando logró recuperar el control de su cuerpo, caminó dubitativamente hacia su padre, que estaba en la barra tan estupefacto como ella. Este la cogió de la mano con la intención de calmarla y ella le devolvió una sonrisa para tranquilizarlo. Tomó aliento y fue donde se encontraba aquel extraño. Parecía ausente, dormido. Se quedó plantada delante de él esperando, mas no daba la impresión de que fuera a decir nada, así que rompió el silencio:

—¿Qué desea tomar?

—¿Tenéis cerveza? —preguntó con serenidad el forastero levantando la mirada hacia ella.

—Sí... claro —Los ojos del hombre la inquietaban, parecían atravesarla.

—Pues ponme la jarra más grande que tengas llena hasta arriba —Hizo un movimiento con la mano derecha para indicarle a la muchacha el nivel exacto de cantidad que deseaba—. ¿Tenéis jabalí, ciervo o algún similar?

—Sí, algo queda... pero está frío.

—No me importa. No te preocupes, niña, podría comérmelo crudo si fuera necesario —La voz del hombre se tornó tranquilizadora e incluso jovial—. Si tú supieras cuánto tiempo llevo sin comer nada cocinado, te sorprenderías. Esperaré lo que haga falta. Ah, toma —sacó una moneda de plata de su bolsillo—, supongo que con esto bastará, ¿no?

La posadera limpió la moneda con el puño de su camisa y la mordió, era buena. Luego la observó detenidamente y se dio cuenta de que no lograba reconocer el acuñe que aparecía en ella. Fue hacia la barra y se la mostró a su padre, que la miró con detenimiento. Hizo un esfuerzo por recordar y entre susurros le dijo algo a su hija. Llenó una jarra con cerveza y fue a la cocina para pedirle a su mujer algo de comer para su nuevo cliente. La chica sirvió al forastero pero había algo en su cara que no era capaz de descifrar, algo distinto.

—¿No te parece suficiente, muchacha?

—No, no... solo que no he *reconocío* la cara de la *monea*. Con lo que me ha *dao* tendría para unos cuantos días en la posada, incluso con una habitación solo para *usté*.

—Perfecto. Solo estaré aquí un par de días como mucho — dijo el hombre cortésmente—. Lo que sobre, por la confianza. Sé que no tengo buen aspecto y que parezco un pordiosero —Tomó la jarra y bebió un largo sorbo—. Solo necesito descansar una noche o dos y que se me sequen los ropajes. Gracias.

—¿Puedo preguntarle de dónde ha *sacao* el dinero?

—No lo he robado, muchacha, si es lo que insinúas. ¿Qué te ha sorprendido? Habla sin miedo.

—Señor, hace cincuenta años que no se ven ese tipo de *moneas*. Eso sin contar que pertenece a otro reino, que mi padre dice que está a muchas leguas de aquí.

—¡Vaya! ¡Cincuenta años! —exclamó con asombro el forastero—. He estado tanto tiempo durmiendo. ¡Jajaja! —Sus carcajadas retumbaron en todo el local.

La joven no salía de su asombro, no entendía nada. Decidió no preguntar más e irse hacia la barra con su padre. Algo cuchichearon entre ellos, pero fue imperceptible para el resto del personal.

La tormenta arreciaba. Entre dos espantosos truenos se oyeron relinches de caballos. Acto seguido la puerta se abrió dejando pasar un viento helado y húmedo y a varios hombres voceando y armando bulla. Eran cinco soldados. Se sentaron en una mesa grande cerca de la puerta. Vestían tabardo con el blasón del señor al que pertenecían, un pequeño navío de vela granate, cota de malla y armas al cinto. El posadero salió a atenderles. Cualquiera observador atento se hubiera dado cuenta del gesto que le hizo a su bella hija para que se quedara en la barra.

El guirigay que formaba la soldadesca iba en aumento, cuanto más vino tomaban. Los parroquianos empezaron a irse del local apresuradamente, algunos temblaban al marchar, un sentimiento de zozobra invadía a las gentes de ese pueblo por la presencia de aquellos militares. El dueño se afanaba por cumplir las exigencias de los nuevos clientes.

La comida del forastero estaba lista y la joven, desobedecien-

do las órdenes de su padre de estarse quieta, le sirvió al hombre, que al principio le había causado miedo, pero ahora le inspiraba una creciente curiosidad. Le ofreció medio jabalí recalentado con una sonrisa, pero él no levantó la cabeza de la jarra de cerveza, aunque dijo con firmeza:

—Gracias. ¿Podrías decirle a tu padre que me trajera otra igual?

—¿Cómo? —respondió atónita la joven.

—No sé cuál es la razón, pero no quiere que te muevas mucho, supongo que por los soldados de allí —Hizo un gesto para indicar la dirección. Luego levantó la cabeza y sus ojos dorados miraron a la muchacha. Ella se sonrojó de inmediato.

—¡Heeeey! —Uno de los soldados se fijó en la posadera—. Tienes escondido un tesoro, ¡gordo! —refiriéndose al posadero entrado en carnes.

Los demás compañeros se volvieron hacia la mesa donde estaba el forastero, pero no se percataron de él sino de la hermosa muchacha que le estaba sirviendo. Ella notó que la observaban y cambió la expresión de su cara. Su miedo era palpable. El extranjero le indicó que se fuera a la barra de una manera muy sutil e imperceptible para todos los demás y ella obedeció y se escabulló lentamente, pero los soldados eran incapaces de quitar sus ojos de ella. No iban a dejarla escapar tan fácilmente.

—¡Tú, gordo! —gritó uno de los soldados—. A partir de ahora que nos sirva la posadera mocetona, no tú, que apestas a gorriño —Sus compañeros empezaron a reírse del dueño y secundar la propuesta.

—Pero *señore*, ella *tié* menos fuerza y no podrá traeros *toas* las jarras —La excusa del posadero sonó improvisada y pobre.

—¡Qué no hables más, puerco seboso! —le ordenó enfadado otro de los soldados—. Como vuelvas a abrir la boca esa que tienes sin dientes, ¡te rajo la cara! ¡Asquerosa basura! —Los demás empezaron a aplaudir y a reírse de él, además le tiraban trozos de comida para que se fuera y también le escupían. No tuvo más remedio que esconderse tras el mostrador.

Aquellos hombres miraban a la chica con lujuria. Cuchicheaban entre ellos y rompían a reír estruendosamente. Ella estaba cada vez más nerviosa y asustada. No les dirigía la mirada para

nada pero notaba sus ojos clavados en ella. Tiró en varias ocasiones algunos cacharros que estaba fregando, lo que supuso varios comentarios groseros de parte de sus “admiradores”. Sus jarras se estaban vaciando y sus gaznates secando y pidieron más bebida. La joven se escondió y su padre intentó, sin éxito, servir a aquellos clientes tan fastidiosos pero ellos lo cogieron del delantal y amenazaron con cortarle una oreja si no les servía la muchacha.

Al fondo de la posada, el forastero permanecía inmutable. Ya había terminado de comer. Mantenía la jarra de cerveza, sobre la mesa, bien agarrada con las dos manos, la cabeza gacha, el pelo rubio tapándole la cara y la barba. El posadero suplicaba piedad pero la guardia le aporreó, hasta que la joven salió de la cocina, donde se había refugiado, y se dirigió a la mesa para recoger los vasos vacíos. Los soldados empujaron a su padre y le dieron varias patadas para que se largara, lo hizo a trompicones. El extranjero apretaba su jarra de cerveza con fuerza, cada vez más. Uno de los hombres tomó por la cintura a la joven y empezó a manosearla, rápidamente otros dos imitaron a su compañero. La chica iba de mano en mano. Luchaba para librarse de las zarpas de aquellos indeseables, pero ellos la agarraban con más fuerza cada vez, desgarrándole la ropa y haciéndole daño. Ella lloraba y suplicaba que la soltaran, desesperada. Los otros dos hombres aplaudían el espectáculo y reían a carcajadas.

—¡Basta ya! —exclamó enfadado el forastero haciendo añicos la jarra que tenía entre las manos.

Los soldados pararon y la joven pudo escaparse, aunque cayó al suelo después de dar un par de pasos. Todos volvieron la mirada hacia él entre sorprendidos e indignados. Permanecía en la misma postura, con la cabeza baja, concentrado en los restos de la pinta. Uno de ellos se fijó en el arma que reposaba a su lado, apoyada en la mesa. El pomo mostraba una cabeza de dragón en marfil blanco, con dos jades verdes engarzados en las cuencas de los ojos. La empuñadura era negra con adornos dorados y larga, de al menos una mano y media. La guarnición tenía forma de cruz y era de acero adornada con grabados de dragones dorados. Otro de ellos se dirigió al entrometido con desdén:

—¡Calla pordiosero! En esta fonda solo hay escoria. Putas, vagabundos y demás bazofia.

—Pues el zarrapastroso tiene un buen acero —dijo otro de ellos señalando la espada en cuestión.

—Será un ladrón —intervino otro de los soldados.

—Vosotros sí que sois escoria —respondió el forastero impertérrito—. Abusáis de un uniforme para pisotear, humillar y aprovecharos de la gente humilde. ¡Me dais asco!

—Tu hedor nauseabundo nos llega hasta aquí, ¡basura! —le respondió uno de ellos, los demás rieron por la chanza. Se levantó de la silla y caminó varios pasos hacia él—. ¡Te sacaré de aquí a patadas, perro! —amenazó.

—Vuelve a tu sitio —le ordenó el forastero manteniendo el tono sereno.

El soldado vaciló unos instantes, pero se mantuvo firme y echó mano a la espada en su cintura. Su rival se levantó pesadamente apoyándose en las manos y avanzó hacia él con la mirada fija en el suelo, hasta que estuvo a dos pasos, momento en que la elevó, retirándose el pelo de la cara. Sus ojos dorados se clavaron en los del hombre, que desenvainó parte de su arma, mientras sus compañeros se levantaron empuñando las suyas. El forastero permanecía firme, inmutable. Le sacaba casi una cuarta a su contrincante que, además, se encogía por momentos.

—Pagad lo que hayáis consumido e iros de aquí —les ordenó aquel hombre a todos los soldados.

—Tú sí que pagarás por tus palabras, ¡escoria! —exclamó desnudando su arma por completo.

Lanzó un ataque contra su rival, preciso, con intención de herir gravemente, y este lo esquivó con un rápido movimiento. No se dio por vencido. Atacó de nuevo, pero el enemigo bloqueó su ataque cogiendo el arma por el filo antes de que diera en su objetivo. El soldado quedó estupefacto, su espada permanecía sujeta en la mano de su contendiente y él todavía se preguntaba por qué no se había cortado, era del todo imposible. De pronto vio como brotaba sangre de la hoja de su arma, un pequeño hilo. Su mirada se cruzó con la del forastero mientras trataba de recuperar su acero, sus ojos ardían y sus pupilas se habían alargado como las de los reptiles. Los dos sostuvieron sus miradas y al cabo de unos instantes el militar soltó su espada, se dio la vuelta y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Por suerte, la tormenta había

amainado hacía un rato. Mientras, su contrincante, clavó el arma en el suelo y lamiéndose la herida de la mano izquierda observó el resultado pensativo. El resto de hombres habían contemplado con estupor la escena, paralizados.

—Ahora, tomad el mismo camino que vuestro compañero —les mandó a los restantes y volvió a chuparse la herida.

—¡Maldito bastardo! ¿Qué le has hecho a nuestro camarada? —dijo uno de los hombres—. Magia negra, seguro. ¡Adelante compañeros, matem os a este brujo!

Todos blandieron sus aceros y atacaron. Su oponente sacó el suyo del suelo y se defendió con él. Ellos golpeaban con pericia, pero los movimientos de su rival eran fluidos y ágiles: paraba con el arma los ataques y cuando veía un hueco daba golpes y patadas para quitárselos de encima. En un momento de descuido, desarmó a uno y le propinó un golpe con el pomo de la espada dejándolo inconsciente, a otro lo tiró contra la barra y quedó anulado. Sus enemigos cortaban sus ropajes, pelo y barba, pero nada más. Le insultaban, le gruñían como animales, le escupían y le lanzaban los cacharros que encontraban, pero nada le hacía daño. Una parada certera y un puñetazo en la cara y otro cayó cerca de la chimenea, dolorido, solo quedaba uno en pie que le lanzaba estocadas desesperadamente. En una de ellas, trastabilló y un nuevo golpe con el pomo de la empuñadura lo dejó noqueado. El forastero echó un vistazo rápido a su alrededor, todos estaban derrotados menos el que había lanzado a la chimenea. Entonces, con la espada aún en alto, le apuntó y le indicó sin miramientos:

—Ahora os toca pagar y salir de aquí con el rabo entre las piernas, ¡cretinos!

—¡Me has roto la nariz! —le contestó lloriqueando, la sangre le corría por la cara.

—¡No te quejes que podía haber sido peor! Todavía estás de una pieza. Te podía haber cortado una mano, un pie o una oreja, aunque a lo mejor me lo pienso y te corto la lengua.

—Soy sargento de la guarnición del Duque de Portoheira. ¡No te saldrás con la tuya, maldito bastardo! —le dijo intentando levantarse del suelo.

—¿Y? No sé quién es ese tal duque —respondió encogiéndose de hombros—. Espero que no estés pensando en seguir con esta pequeña disputa...

—No nos vamos a ir sin llevarnos algo tuyo a cambio... —
Alargó su mano izquierda para coger la espada que el forastero tenía apoyada en un mesa cercana. Este hizo un rápido movimiento y puso su arma en el cuello del soldado.

—Ni se te ocurra —dijo amenazante—. No dudaré en matarte si tan siquiera la rozas. ¡Iros, ya! —Apretó un poco más la hoja contra el cuello de su víctima hasta hacerla sangrar.

El soldado retrocedió y desistió de su intención. Fue a despertar al que estaba sobre el mostrador y entre ambos se llevaron a sus otros dos compañeros inconscientes. Uno de ellos sacó unas monedas y las tiró en la barra con un gesto furioso. El vencedor observaba su retirada con impaciencia. Cuando estaban cerca de la puerta y habiéndose asegurado de que todo estaba en orden, los chistó y dijo fríamente:

—Se os olvida la espada de vuestro compañero —Lanzó el arma contra la pared y la clavó cerca de ellos—. No quiero que luego me acuséis de robaros.

—¡Maldito seas! ¡Te arrepentirás de esto! —refunfuñó uno de los soldados arrancando la espada de la pared—. ¡Todos os arrepentiréis de esto, os lo juro!

—La próxima vez no saldréis de aquí con vida —les amenazó el forastero.

Los hombres pusieron pies en polvorosa y el eco de sus caballos fue lo último que oyeron en la posada. La joven había permanecido acurrucada en una esquina del local, cerca de la barra. Su padre, escondido detrás de ella, rezaba. Cuando todo se calmó, asomó la cabeza para observar los daños causados, mientras que su hija intentaba controlar su llanto. El hombre que les había salvado se acercó a la muchacha y le tendió la mano.

—Ya pasó todo, niña —le dijo con amabilidad ayudándola a levantarse.

—¡*To* manga por hombro! —se quejó el posadero—. ¿Por qué se pararon en mi local? ¡Eh! ¿Y, tú? —Señalando con el dedo al forastero—. Tú... ¡Tendré que darte las gracias y *to*! ¡Me cago en mi estampa! —siguió farfullando para sus adentros e intentó poner un poco de orden a todo aquel desastre.

—De nada —asintió satisfecho.

—¿Qui... qui... quién eres? —preguntó la joven entre sollozos al hombre que tenía delante y le ofrecía su ayuda.

—Levántate y sécate esas lágrimas —le respondió—. ¿Estás bien?

—Sí, pero... ¿quién eres?

—Mi nombre, muchacha... quizás te valga solo con eso. Mi nombre es Drakan.

II

Un extraño entre extraños

Un carro cargado cubierto con una lona negra serpenteaba los caminos con paso decidido. Hacía un frío casi invernal, el viento arremolinaba las hojas del suelo y la luna estaba llena. El carretero maldecía su suerte y hablaba con su caballo percherón quejándose constantemente de su fortuna. Una enorme figura lo observaba más adelante, refugiado entre las sombras. Cuando se acercó a su altura, salió de su escondite pero permaneció en una zona sombría.

—¡Soooo, viejo cascarrabias! —mandó tirando de las riendas—. ¿Quién va? —preguntó receloso después de haber detenido el carro. El caballo no paraba de cabecear.

—Soy yo, ¿quién va a ser? —respondió la figura en tono de reproche—. ¿Tienes lo mío?

—¡Ah, tú! Sí, sí, claro que tengo lo tuyo. Detrás están los dos barriles de vino. ¡Me has *asustao*, coña! —replicó algo más relajado.

—¡Gallina!

La figura se acercó a la parte de atrás del carro y la luz de la luna le iluminó. Era tremendamente alto y corpulento, al menos medía dos metros veinte. Se cubría con una capa larga con capucha y una raja en el trasero de la que sobresalía una cola de color marino, robusta, que usaba como arma en ocasiones. Sus piernas terminaban en garras como las patas traseras de un lobo. Su estampa era un tanto fantasmagórica. Apartó la lona y sacó dos barriles rodeándolos con sus brazos musculosos. Sus manos eran enormes y tenía los dedos afilados como cuchillos. Los dejó en el suelo y volvió a tapar el cargamento.

—¿A dónde llevas todo lo demás, Martín?

—Al pueblo —contestó el carretero.

—¿Todavía sigues con esos chanchullos para no pagar los impuestos al conde? —le replicó con tono hosco.

—*Pos* claro. Prefiero que me maldigan mil veces a darle una moneda a ese usurero. ¿Para qué vale mi dinero? ¡Eh!

—Supongo que para pagar a sus soldados —contestó la extraña figura cogiendo los barriles, uno con cada brazo.

—Y *pa* sus juergas y sus putas. ¡Corrupto del diablo! ¿Sabes lo último que tenemos que soportar de él?

—No, Martín, no...

—¡Qué vas a saber tú! Normal, viviendo con los zíngaros. Ellos no tienen que pagar impuestos...

—Hombre, no pagarán impuestos pero están solos, nadie los protege. Tú por lo menos tienes a la guardia, ¿no?

—¿Tengo cara de tonto, Atlas? —El carretero cada vez estaba más enfadado—. La guardia dice... ¡esos son los peores! Violan, roban y humillan a la gente. No tenemos seguridad.

—Vale, lo que tú digas, Martín, pero deja de dar voces, ¡coño! Te van a oír desde sus casas, alcornoque —le reprendió aquel ser enorme y azulón.

—Perdón —dijo en voz mucho más baja—, ¿es que me enciendo y no encuentro manera de apagarme! Bueno, te dejo que se me echa el alba encima. ¿Qué tal Maika?

—Bien, pierde cuidado. En el poblado está como en casa. Le mandaré recuerdos de tu parte.

—Como se hace querer la *condená*. Bueno, me voy. Cuídate— El carretero arreó a su viejo caballo y reanudó la marcha—. Hasta otra, Atlas —se despidió con la mano.

Atlas lo imitó con un gesto de cabeza y se internó en la foresta. Anduvo durante media hora y llegó a un campamento grande en medio del bosque, rodeado por una empalizada de madera. Allí llevaba desde hacía una década. Los zíngaros estaban durmiendo aunque tenían apostados guardias para descubrir a los posibles intrusos. Saludó arisco a sus amigos y se marchó a su cueva. Él no vivía en tiendas como los demás, sino en una gruta natural que estaba dentro del asentamiento. Descargó los barriles y los apiló con otros iguales. Cogió una jarra y la llenó de vino de uno de ellos.

La guarida tenía una pequeña zona acondicionada con alfombras rojas y cojines e incluso una mesa de madera maciza. Se sentó en el suelo, posando la jarra encima de la mesa. Se quitó la capa y la tiró a un lado, dejando ver su piel color zafiro y su rostro cincelado. Tenía una cresta de pelo moreno que se fundía en una coleta larga, orejas picudas, ojos fieros y colmillos. Su cuerpo estaba tremendamente musculado y solo vestía un taparrabos negro y un pequeño collar de plata con un colgante de azabache de aspecto peculiar en forma de torre de ajedrez. Completaba su fisonomía un ala corácea gigantesca que plegaba hacia delante y desplegó al sentarse. Tomó un trago y terminó con todo el vino. Volvió a levantarse y cogió un barril para llevárselo a donde estaba acomodado. Continuó bebiendo hasta el amanecer.

El sol salió con fuerza renovada y Atlas, completamente borracho, se convirtió en piedra. Al cabo de un rato, uno de los zingaros del campamento, acompañado por una joven muchacha, entró en la cueva. Cogieron la capa que estaba tirada, la sacudieron y la guardaron en un baúl grande. Recogieron los restos de vino desperdigados por la gruta, el barril vacío y la jarra rota. La muchacha acarició la cara pétrea de Atlas.

—No sé qué puedo hacer para aliviar su sufrimiento —afirmó desconsolada.

—Maika, no te aflijas. No fue culpa tuya —le contestó el acompañante mientras sacaba el barril vacío.

—Lo fue. Lo veo en sus ojos cada vez que me mira —Las lágrimas se escapaban por sus mejillas.

—Niña, mírame —Dejó el tonel en el suelo—. Tú no tienes la culpa, él eligió salvarte —Se acercó a ella y la abrazó.

—Todas las noches es igual desde que perdió el ala derecha — La muchacha se fundió en un largo abrazo con su amigo—. Solo bebe, hasta el alba.

—Si solo fuera eso... Maika, también fuma opio. Supongo que quiere morir o simplemente no sentir. No me puedo imaginar cómo se siente. No poder volver a volar... no tener familia... está solo, nada más que te tiene a ti.

La joven rompió a llorar y su compañero intentó consolarla lo mejor que pudo. Ya más calmada terminaron de asear la cueva y se fueron llevándose el barril de vino vacío, dejando una jarra limpia y entera.

El sol se escondía en el horizonte y un tremendo rugido resonó dentro de la gruta: Atlas había despertado. Buscó su capa en el baúl, se la puso y miró con añoranza un gigantesco escudo que guardaba allí dentro, envuelto en unos paños para evitar su deterioro. Dejó caer la tapa y salió rápidamente. Se despidió ceñudo de los romanís que encontró a su paso y se disponía a irse, cuando una voz femenina lo detuvo.

—Atlas, ¿dónde vas? —preguntó angustiada.

—A por puros, Maika. Quizás algo de tabaco para fumar en pipa. Ya veré —respondió con frialdad.

—Quédate conmigo, por favor —La muchacha le agarró del brazo. Él miró la mano de la joven y la apartó con una caricia.

—Quizá mañana, Maika, quizá mañana...

Atlas se puso a cuatro patas y se adentró corriendo en el bosque. La chica, llorando, le observó alejarse de ella y volvió al campamento.

Media hora más tarde la gárgola había llegado a su destino: el pueblo de Tilo. Se incorporó y saltó por encima de la pequeña empalizada que servía de protección frente a los animales salvajes. Se adentró en las calles oscuras, furtivamente. Al cabo de un rato entró en un granero por la puerta de atrás. Se movió entre las balas de paja y los sacos de cereales con agilidad felina hasta que divisó a un hombre en una zona despejada. Se dejó ver pero no abandonó cierta distancia de seguridad.

—Como siempre puntual —afirmó el humano intranquilo.

—¿Has traído lo que te pedí? —le preguntó Atlas con brusquedad.

—Claro, ¿cuándo te he fallado yo? —replicó esbozando una sonrisa nerviosa.

—¡No me tomes el pelo que la coleta hace ya años que me llega a la cintura! —exclamó levantando la voz y adoptando una actitud fiera.

—Tranquilo, amigo. No me atrae nada la idea de ser desgarrado entre tus zarpas, aquí las tienes —El hombre sacó un paquete grande y se lo lanzó a la gárgola—. Cuatro cajas de los mejores puros de la comarca y un excelente opio para pipa. Esto, que digo yo que, quizá, algún día deberías pagarme por la mercancía... —sugirió titubeante.

—¿En cuánto calculas tu vida?

—En mucho —le respondió el humano tragando saliva.

—Cuando lo que te debo llegue a esa cantidad, empezarás a cobrar, ¡sabandija! —Atlas se dio la vuelta—. Hasta el mes que viene. No faltes o te buscaré —le amenazó.

La gárgola salió del almacén y del pueblo velozmente; volvía al campamento zíngaro. En mitad del camino se paró un momento en un risco desde donde se podía ver todo el bosque. Se quitó la capa y dejó el paquete encima, sintiendo el viento que soplaba a su alrededor y le agitaba la cresta. Cerró los ojos, notó el aire en su cara y extendió el ala izquierda de manera instintiva. Empezó a imaginar cómo sería volver a disfrutar de la sensación de ingravidez, volar, y su cuerpo se movió sin su consentimiento. Atlas se dio cuenta que perdía pie y abrió los ojos demasiado tarde. Cayó, golpeándose contra las rocas y las ramas de los árboles, hasta que logró agarrarse con fuerza a un saliente y trepar con sus garras hacia arriba, se había roto el ala que le quedaba sana en la caída. Llegó a la cima malhumorado, dolorido y maldiciendo su poca cabeza. Recogió sus cosas y volvió a su cueva como pudo.

Todos le miraron cuando atravesó el campamento en dirección a la gruta. Antes de entrar se dirigió a uno de ellos diciendo:

—Peter, llama a la curandera y tráeme el mechero.

Tiró la capa a una esquina y dejó el tabaco encima de la mesa. Cuidadosamente lo abrió. De una de las cajas sacó un puro, lo paseó por su nariz con delicadeza e hizo un gesto complaciente. Se sentó con cuidado cerca de la mesa y esperó, manoseando el cigarro entre sus manos. Al fin oyó como alguien se acercaba y dijo:

—Alma, ¿eres tú?

—Sí, *miarma*, la misma que viste y *carza*.

En la entrada apareció una gitana de una edad indescifrable, ya no era una joven muchacha pero aún estaba de muy buen ver. Era de estatura media y poseía una figura envidiable al igual que sus manos, famosas en toda la comarca. Se adornaba con grandes pendientes, collares de oro y vestía ropa voluminosa, que escondía sus curvas, de colores no excesivamente vivos para su etnia. Miró a Atlas con atención. Vio su cuerpo lleno de rasponazos y magulladuras.

—¿*Pa* qué necesitas a Alma? Esas heridas sanarán mañana al despertarte...

—¡Qué me parta un rayo si no lo sé! Es el ala. Está rota. Necesito que me la coloques —le dijo Atlas con tono aun más áspero de lo normal en él.

—¿Pero qué te ha *pasao*? No te habrás *peleao* otra vez, ¿no? —replicó con cariño la zíngara dejando su zurrón de hierbas y ungüentos en el suelo.

—¡Que no, cojones! Me he caído.

—Entiendo —La gitana le miró con lástima, sabía por qué había sucedido—. Atlas, no puedes estar así *toa* tu vida, tienes...

—¡Calla! —ordenó con dureza—. Arréglame el ala. Ponla rec-ta. Es lo único que te pido.

—Tú mandas.

—¿Dónde está Maika?

—Duerme. No te ha visto *llegá* —Las manos de Alma estaban sobre el ala maltrecha de la gárgola, dispuestas a corregir su estado.

—Mejor —Situó el brazo izquierdo contra la fría roca y apretó los dientes—. ¡Hazlo!

—No te preocupes *miarma* que esto no duele *naíta*. Ahora yo te agarro de aquí, con mucho cariño *pa* no hacerte daño, claro está. Te doy tres meneos mágicos, de esos de los míos, que tú sabes que yo hago divinamente y... ¡*Apañao*! Luego ya tú puedes seguir con tus cosas; ahí fumando y fumando tan ricamente como si *na* te hubiera *pasao* y ala, ¡pim, pam, pum!...

Sonó un chasquido y Atlas contuvo el grito de dolor clavando sus zarpas en la pared. La sensación fue muy intensa y él permaneció mudo, aunque hubiera dado un terrorífico rugido si la muchacha no pudiera oírle. Transcurridos unos instantes, la gitana inmovilizó el ala con un palo y unas vendas y luego la acarició con ternura.

—¿Por qué te castigas de este modo? —preguntó con afecto Alma.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —le respondió con amargura—. Deberíais haber dejado que aquellos soldados acabasen el trabajo. Ahora soy un lisiado. ¡Un maldito tullido! ¡Me cago en mi suerte!

—Ya sabes que te vi en sueños y mi pueblo cree que los sueños

son hilos del destino que Él pone en nuestro camino —afirmó con seguridad, hablando rápidamente, señalando ostentosamente al cielo y haciendo sonar todas sus joyas.

—Los dioses no existen, gitana —Hizo una pausa—. ¿Dónde estaban los dioses cuando los soldados reales quemaron el pueblo de Maika? ¿O cuando degollaron a su padre, violaron y despelejaron a su madre, eh? ¡Fui yo quien estaba allí! Quien les sacó las entrañas a esos perros y quien rescató a una niña de entre las llamas. No los dioses, ¡cojones! Ellos se lo pasaban por el forro, donde coño vivan.

—Tranquilízate Atlas no te me alteres —le dijo Alma poniéndole las manos en su enorme pecho.

—¡No me da la gana! Y todo eso ¿para qué? ¡Para que me cazaran como a un perro! —La gárgola apretaba fuertemente su puño, con rabia, mientras poco a poco iba calmándose—. ¿Sabes qué es lo peor de todo?

—No, *miarma*.

—Que Maika cree que le echo la culpa a ella. ¡Qué me parta un rayo! La culpa la tiene el cretino de Drakan con su filosofía barata —Siguió hablando como imitando el tono lineal de su compañero—. La justicia está por encima de todo, cerebro de piedra. La luz debe ser tu camino. ¡La luz, mis narices! —continuó con el suyo—. ¿Para qué me sirvió hacer “lo correcto”, eh? ¡Para perder mi ala derecha! —Volvió a hacer una pausa mientras la gitana le escuchaba sin mediar palabra—. Y lo peor de todo es que no me arrepiento. Lo volvería a hacer sin pensarlo, una y otra vez. Es una muchacha preciosa y es lo único que tengo.

—Y ella *tadora*, te quiere como si fueses su *pare* —le dijo Alma.

—Aunque sea un monstruo y tenga que vivir entre extraños.

—Nos considera su sangre, su familia, no te preocupes.

—Pero no lo sois. Ella no es de vuestro pueblo.

—La tratamos como a una igual.

—Aunque el resto del mundo os trata como ladrones, timadores y apestados. Esto no es vida para ella.

—Atlas, los caminos de nuestro destino se van despejando a pasitos muy cortos y no los conocemos hasta que no recorremos el tramo anterior. Ella es feliz, está a salvo con nosotros y está cerca de ti. ¿Qué más quieres, gachó?

—Tú y tus puñeteros acertijos —replicó—. ¿Me has traído el mechero?

—El opio no va a resolver tus problemas. Aquí lo tienes — Sacó de su bolsillo un objeto pequeño, metálico y rectangular y lo dejó sobre la mesa—. Uno de los nuestros se lo cogió “*presta*” a un buhonero. Está claro que lo han *fabricao* los enanos.

—Es posible, pero ahora voy a fumarme este puro. Luego tendré que tomarme algo para el dolor, ¿no? —Se metió el tabaco en la boca, cogió el mechero y lo encendió—. Este artefacto es asombroso. Abres la tapa, le das a la rueda y ¡zas! Fuego —Miraba fijamente el objeto—. Magia enana en mis manos. Si estuviera aquí mi viejo amigo Drakan escupiría en el suelo y me lo arrebataría para romperlo... a veces deseo que lo haga...

—Volveré mañana *pa* ver cómo estás —La gitana se levantó y salió de la cueva.

Atlas se despidió con la mano. Terminó el puro y luego cogió la pipa para fumar su droga. El resto de la noche se dedicó a beber, fumar y a intentar olvidar. La luz del día terminó con su sufrimiento y lo convirtió en fría piedra. Como todas las mañanas, Maika fue a la cueva a recoger todo lo que había ensuciado su “padre”. Vio el vendaje en el ala y se lo quitó cuidadosamente, derramando algunas lágrimas. Cuando terminó, besó la cara de Atlas y lo dejó solo. Su amigo la acompañaba, como cada día, y le preguntó curiosa:

—¿Crees que sabrá lo que hacemos cuando está petrificado?

—No lo sé, niña —respondió con sinceridad.

—Yo creo que sí... o por lo menos, eso quiero creer —afirmó esperanzada.

—Ojalá tengas razón. Aunque esa pregunta habría que hacerla a él o acaso a algún enano, que fueron los que dieron vida a la piedra...

—No conozco ninguno —le interrumpió la muchacha.

—*Pue* solo te queda preguntárselo a él...

—Creo que seguiré creyendo que es así —dijo sonriendo.

—Hacía semanas que no te veía sonreír —Hizo una pausa contemplado la dulce sonrisa de la joven—. ¡Vamos, muchacha! Tenemos que ayudar a los demás.

—Sí, vamos. Hoy me encuentro feliz y voy a disfrutarlo.